

SEÑALAR EL CAMINO HACIA LA PAZ

El sábado 30 de enero Gesto por la Paz ha convocado su tradicional manifestación en Bilbao para reclamar el cese de la violencia terrorista y reivindicar el derecho que nos asiste de vivir en paz. Bajo el lema *“Bakea, bide bakarra; sin violencia ni amenazas”*, se llevará a cabo coincidiendo con el Día de la No Violencia. Como cada año. Como siempre.

A simple vista, nada nuevo bajo el frío sol de invierno. Miles de ciudadanos desfilaremos en silencio Gran Vía adelante, por el mismo recorrido de siempre, detrás de una pancarta semejante a la de otras ocasiones, intercambiando miradas cómplices con las mismas caras de todos los años, si acaso envejecidas tras más de veinte convocatorias similares, tras casi cinco lustros reclamando lo mismo. Y es que nuestra sociedad lleva ya demasiado tiempo pidiendo a ETA que cese en su locura asesina, sin que ese anhelo colectivo haya hecho mella en los señores de la muerte, incapaces de escuchar la voz mayoritaria de ese pueblo al que mantienen cautivo so pretexto de liberarlo.

Es cierto que la actualidad política nos trae noticias, rumores, suposiciones de que el final de la violencia pudiera estar cerca. Ojala fuese verdad, y lo digo pensando sobre todo en quienes ya no podrán ver ese futuro esperanzador, porque fueron asesinados o tuvieron que abandonar su país debido al acoso terrorista. Como Eduardo, Carlos o Diego, los últimos a los que arrebataron la vida. Lo digo también por aquellos héroes — periodistas, jueces o concejales, públicos o anónimos- que, a pesar de todo, se quedaron aquí y llevan años con su vida amenazada y su libertad coartada. Y lo digo también, por qué no, viendo a esos familiares de presos, a quienes la propia ETA ha secuestrado la esperanza, con su decisión de seguir matando y extorsionando.

Ahora bien, a estas alturas sería malo que el resplandor de un futuro en libertad nos ciegue la visión cercana. Cuando ya se avista la meta, es fácil bajar los brazos y dejarse llevar. Es comprensible, pues el tiempo hace mella incluso en las voluntades más férreas. De unos años acá muchos ciudadanos han dejado de movilizarse y reclamar en las calles lo que es suyo —el derecho inalienable a vivir en paz y libertad-, delegando en otros la solución final al nudo gordiano de la violencia. Esa inhibición, que ya sólo abandonan para acudir a las urnas, alienta la sensación de que está hecho lo que había que hacer, que ya se ha ganado el pulso al terror, que la violencia ciega y salvaje que nos hizo salir a la calle hace veinte años ha llegado a su fin. Que es cosa del pasado.

Nada más lejos de la realidad. A las tres personas asesinadas en 2009 hemos de sumar los cientos que viven angustiadas, amenazadas y perseguidas, con su libertad cercenada por ETA. Mientras un ser humano sufra por causa de la violencia en nuestro país, el pasado seguirá presente, tocando con su siniestra aldaba en la puerta de nuestro televisor, en la ventana de nuestras conciencias. Por eso no debemos dejarnos

llevar. No podemos cejar en el empeño que nos trajo hasta aquí, el de reclamar a ETA el cese definitivo e incondicional de la violencia, el de alcanzar la paz y la libertad definitivas para nuestra sociedad.

Es cierto, el 30 de enero Gesto por la Paz celebra la misma manifestación que se convoca cada año desde hace ya más de veinte. Pero no es igual que las demás. En realidad ninguna es igual a las otras. Es una oportunidad —otra más, sí— de retomar nuestro compromiso con la paz, de renovar nuestra exigencia a ETA para que deje las armas de una vez por todas. Pero, sobre todo, es una ocasión única e irrepetible de reafirmar nuestros principios éticos como ciudadanos anónimos, como integrantes de una sociedad viva, y de demostrarlo en la calle, caminando en silencio en pos del futuro que nos merecemos.

Jose Ramón Becerra
(Gesto por la Paz)